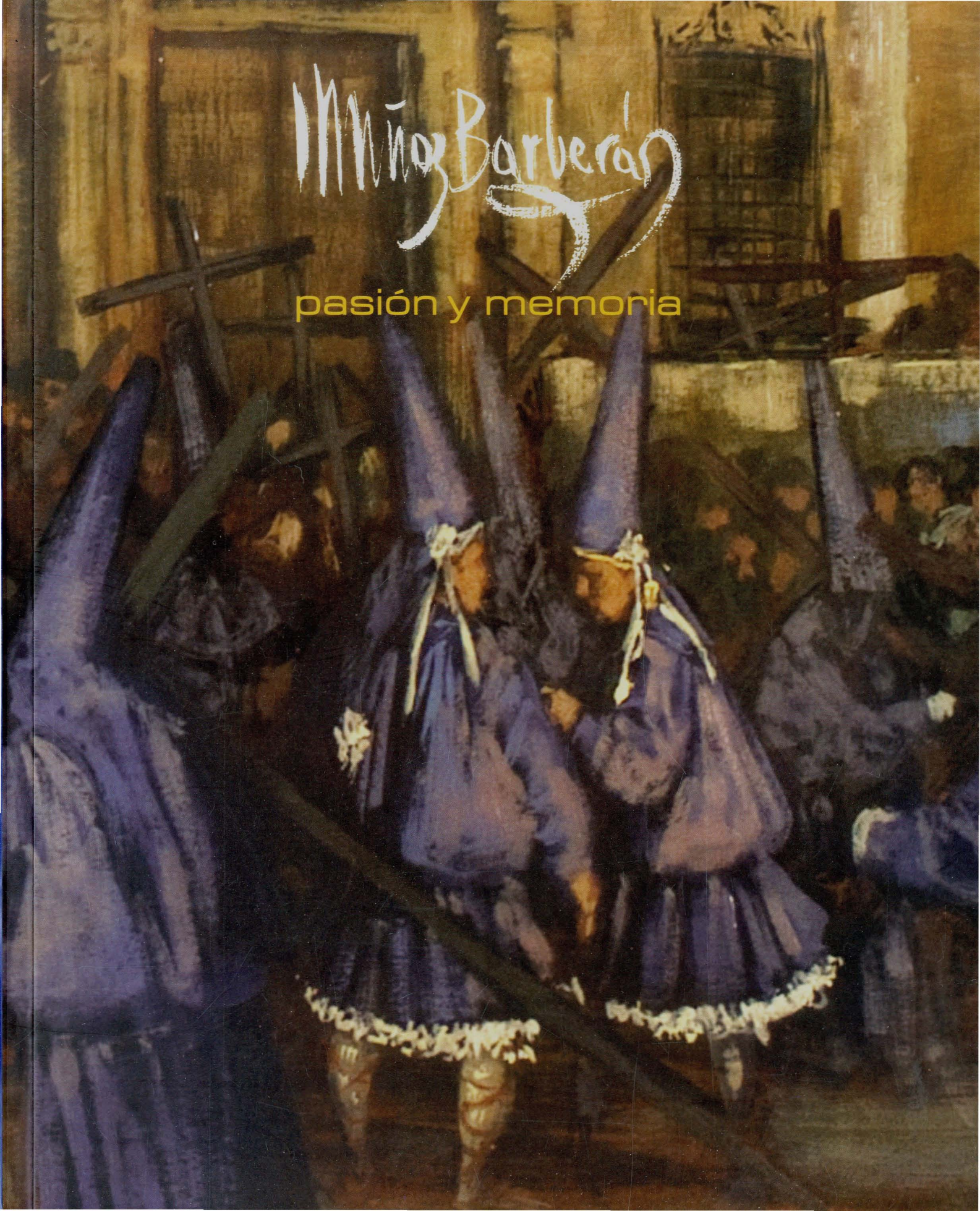


Los Niños Barberán

pasión y memoria



Miño Barberán

pasión y memoria

La Real y Muy Ilustre Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno rinde homenaje a un ilustre Mayordomo de la Institución y seguidor del Nazareno, pintor y escritor, historiador y académico, Cronista oficial de la ciudad de Murcia, Hijo Predilecto y Medalla de Oro de la ciudad de Lorca, entre otras tantas distinciones. Sirva esta exposición en memoria de nuestro querido amigo Manuel Muñoz Barberán, una de las figuras más significativas del panorama artístico y cultural de la región.

Exposición

Organiza

R. y M.I. Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno
Museo Salzillo

Patrocina

Consejería de Cultura y Turismo
Dirección General de Bellas Artes y Bienes Culturales
Museo Salzillo
R. y M.I. Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno

Comisarios

Emilio Llamas Sánchez
Pilar Muñoz Clares

Comité Asesor

Francisco Javier Díez de Revenga Torres
Concepción de la Peña Velasco
Manuel Muñoz Clares
Antonio Cebrián Carrillo
Fernando Asensio Dexeus

Transporte

Expomed

Rotulación

Afterimago / Versatile Digital

Vigilancia y seguridad

Sureste Seguridad

Seguros

ADN Gil y Carvajal

CATÁLOGO

Coordinación

Emilio Llamas Sánchez

Textos

Presidente de la Cofradía de Jesús
Alcalde de Murcia
Alcalde de Lorca
Director de la Real Academia Alfonso X el Sabio
Director de la Real Academia de Bellas Artes de Santa María de la Arrixaca
Pilar Muñoz Clares
Francisco Javier Díez de Revenga Torres

Diseño

Afterimago

Fotografía

José Cabañas Navarro
Javier Salinas Leandro

Impresión

Industrias Gráficas Libecrom, S. A.

Agradecimientos

Especial agradecimiento a Fuensanta Clares, viuda de Muñoz Barberán, y sus hijos, familias Muñoz Clares

Delegación del Gobierno de la Región de Murcia
Dirección General de Bellas Artes y Bienes Culturales. Consejería de Cultura y Turismo
Excelentísimo Ayuntamiento de Murcia
Museo Salzillo
Real Academia de Bellas Artes de Santa María de la Arrixaca
Real Academia Alfonso X el Sabio
Muy Ilustre Cabildo de Ntra. Sra. de la Virgen de la Amargura en la Real Orden-Archicofradía de Ntra. Sra. del Rosario (Paso Blanco)
Ana Palacios Andrés
Paqui Arcas
Salvador Llamas Soubrier
María del Carmen Aguirre Soubrier
Familia González Alberdi
Luisa Martínez García-Alcaraz
Juan Soro Sánchez
Ginés Guevara Méndez
Juan Vidal Espinosa
Enrique Riquelme Hernández
Amparo Iborra Botía
Rafael Fresneda Collado
Miguel Saura
María Teresa Marín Torres
Raquel Vázquez-Dodero Fontes
María del Carmen Uclés Román
Juan Vicente Mirete Cánovas
Antonio Lajara Maiquez
Matías Camacho García
Antonio Martínez Rodríguez
Susana Ruiz López
Francisca del Baño Martínez
Antonio Jiménez Micol
David Torres del Alcázar
Alicia Flores Álvarez
Sandra Espín
Cuadros López
Pedro Cano

© de esta edición:

Consejería de Cultura y Turismo.
Dirección General de Bellas Artes y Bienes Culturales

© de los textos: sus autores

© de las fotografías: R. y M.I. Cofradía de Nuestro Padre Jesús

© de las fotografías de los carteles: Ayuntamiento de Murcia.

Archivo Municipal.

Depósito legal: MU-1138-2009

Miño Barberán

pasión y memoria

Museo Salzillo

24 de marzo de 2009



En honor y memoria de nuestro Mayordomo Manuel Muñoz Barberán

Rafael Cebrián Carrillo

Mayordomo Presidente

Real y Muy Ilustre Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno

Nos colma de alegría poder organizar esta exposición en honor y memoria de nuestro Mayordomo, Manuel Muñoz Barberán, artista excepcional, pero sobre todo hombre bueno y sencillo.

Muchos son sus méritos artísticos, su capacidad intelectual, su ilustración en otras ramas del arte, pero es en la pintura donde nos ha quedado su alma amable, testigo de su gente, de sus pueblos, de sus paisajes, pero también de sus Vírgenes y Cristos, de sus expresiones públicas de fe.

Qué mejor forma de inaugurar la sala de exposiciones temporales del Museo Salzillo que con la exposición titulada *Muñoz Barberán, Pasión y Memoria*, cuando a muy pocos metros se custodia y venera la más completa colección de escenas de la Pasión salidas del trabajo orante del genial escultor Francisco Salzillo, sinónimo de imaginero murciano, y más aún, sinónimo de Murcia, nuestra más clara seña de identidad en lo artístico, nuestro emblema.

Muestro mi agradecimiento a todos los que han hecho posible esta exposición, y de forma muy especial a cuantos han tenido la generosidad de desprenderse temporalmente de tan valiosas joyas para que puedan ser admiradas por todos, a su viuda e hijos, su mejor obra, así como a la Consejería de Cultura y Turismo de la Comunidad Autónoma de la Región de Murcia, patrocinadora de la misma.

Inolvidable Muñoz Barberán

Miguel Ángel Cámara Botía

Alcalde de Murcia

No ha querido el destino que nuestro inolvidable Manuel Muñoz Barberán disfrute con nosotros de esta muestra que recuerda, sobre todo, dos cosas de especial trascendencia. Primera, que este autor era un artista prolífico y polifacético. Igual tejía sobre el lienzo escenas de tipo religioso que plasmaba con pasión paisajes de su Lorca natal, de las tierras de Jumilla, de esta Murcia que lo enamoró. Y segundo, que como Mayordomo de la Cofradía de Jesús, sentía en sus carnes el color *morao* que a todos nos emociona cada Viernes Santo, cuando inundan Murcia de pasión, fervor, nazarenía y elegancia.

Adentrarse en las obras de Muñoz Barberán es degustar y sentir una gran riqueza que nos ofrece un lenguaje postimpresionista, de una técnica forjada durante años sobre el estudio de millares de obras, analizándolas a pie de museo. Murcia le debe el cariño que siempre dispensó a quienes tuvimos el honor de compartir algunos instantes con él. Mientras dure nuestra vida podremos recordar la pasión que ponía en cuanto realizaba y el inmenso cariño que le tenía a los suyos.

Murcia le debe carteles de Semana Santa míticos, del Festival de Folklore del Mediterráneo, retratos, paisajes y hasta bodegones que destilaban maestría, pasión y experiencia. Entretanto, como buen humanista, también cultivó la investigación histórica, cuyos frutos literarios nos acompañarán para siempre. Este será el retrato invariable de un autor que también supo contemplar los espléndidos pasos de Salzillo, las costumbres y tradiciones que engalanan la Cofradía, el pulso detenido de los estantes, la devoción de los niños... Sólo un Cofrade de Jesús puede entender en plenitud la magia del Viernes Santo por la mañana. Mi más cálida enhorabuena a los promotores de esta idea y al Presidente de la Institución, Rafael Cebrián, por el impulso dado al proyecto.



Interpretación del paisaje lorquino y crónica de nuestra historia

Francisco Jódar Alonso

Alcalde de Lorca

A pesar de que Manuel Muñoz Barberán, ciudadano ilustre de la ciudad de Lorca, no había vivido aquí más que los años de su niñez y juventud, su referencia vital constante, perdurable en su cabeza hasta prácticamente sus últimos meses de vida, fue una Lorca que él había idealizado en su fértil imaginación y con la que mantuvo siempre profundos lazos de unión a través de la familia y los amigos. De todo ello dio sobradas muestras con sus vivencias y escritos. Los años que pasara en la calle de la Cava eran narrados por él de una manera viva y cercana, con increíble exactitud para el dato preciso, y sus relatos históricos, o sobre cualquier otro aspecto de nuestra ciudad, tienen hoy, como sus pinturas, la atmósfera propia de la mejor novela costumbrista. Si eso era lo que escribía sobre su ciudad natal, es de sobra conocido cómo fue capaz de pintarla en un estilo postimpresionista, personalísimo, que parecía expresamente formado para captar detalles de volumen e iluminación hasta sus últimas consecuencias estéticas. Y en muchas de sus exposiciones el tema lorquino estuvo presente, porque sus continuadas visitas a la ciudad le dieron pie a plasmar, una y otra vez, todo aquello que de hermoso o artístico tiene esa Lorca que él terminó por saberse de memoria. La querencia que Manuel Muñoz Barberán sintió siempre por su ciudad de nacimiento, su extraordinaria valía artística, intelectual y personal, y la impagable difusión que a través de su obra hiciera de ella, siendo, a juicio de muchos, el más sobresaliente intérprete plástico de su paisaje y de la cultura que atesora, le valieron ser nombrado Hijo Predilecto y Medalla de Oro de una ciudad que siempre fue, y que siempre será, la suya.

Es cierto que vivió Muñoz Barberán casi toda su vida en Murcia, pero eso no fue obstáculo para que dedicase muchos de sus cuadros a nuestras celebradas procesiones, hoy declaradas de Interés Turístico Internacional, o a aquellas mascaradas carnalescas que viviera cuando niño y que nutrieron sus más singulares cuadros de este género. Tampoco su residencia murciana fue un entorpecimiento para que aceptase gustoso la dirección artística del Paso Blanco, para el que realizaría obras significativas y apreciables de entre las que destaca el estandarte de la titular, la Virgen de la Amargura.

Muñoz Barberán –lo saben bien sus familiares y amigos– fue un enamorado de Lorca y de cuanto significa, y ese aprecio por la tradición, por el arte y las costumbres de la ciudad, aprendido aquí, en el seno de su familia, lo llevó a todas partes enarbolado como su más genuina enseña. Pintaba en Italia y pensaba en Lorca, y lo mismo creo que le pudo pasar en Murcia, aunque hay que reconocer que esta ciudad le caló hasta la médula. De ella fue nombrado cronista tanto por lo que escribió como por lo que pintó. Y si lo que escribió fue mucho, hagan ustedes cuenta de lo que pintaría y de la importancia que ahora tienen esos lienzos. Si, por ejemplo, hoy sólo tuviésemos referencias de la procesión murciana del Viernes Santo por los cuadros de Muñoz Barberán, es posible que no se pudiera reconstruir por completo todo el cortejo, pero no me cabe duda de que sí el espíritu y el ambiente en que se anima. Y otro tanto pudiera ocurrir con el Entierro de la Sardina o con el Bando de la Huerta. Y es que en eso, como en otras cosas, nuestro pintor fue un maestro. Un maestro en sugerir la atmósfera sensorial que desprenden las ciudades y su gente. Un maestro en trascender las formas con que envolvía sentimientos íntimos. Un maestro de la luz y la apariencia con las que sugirió todo cuanto él creía importante o sustancial. Él fue, ante todo, un artista de dotes extraordinarias cuya visión personal se nos antoja a muchos insustituible. Así lo creemos los lorquinos y así lo han debido creer los Mayordomos de Nuestro Padre Jesús.

Pintor, amigo, investigador

Juan Torres Fontes

Director

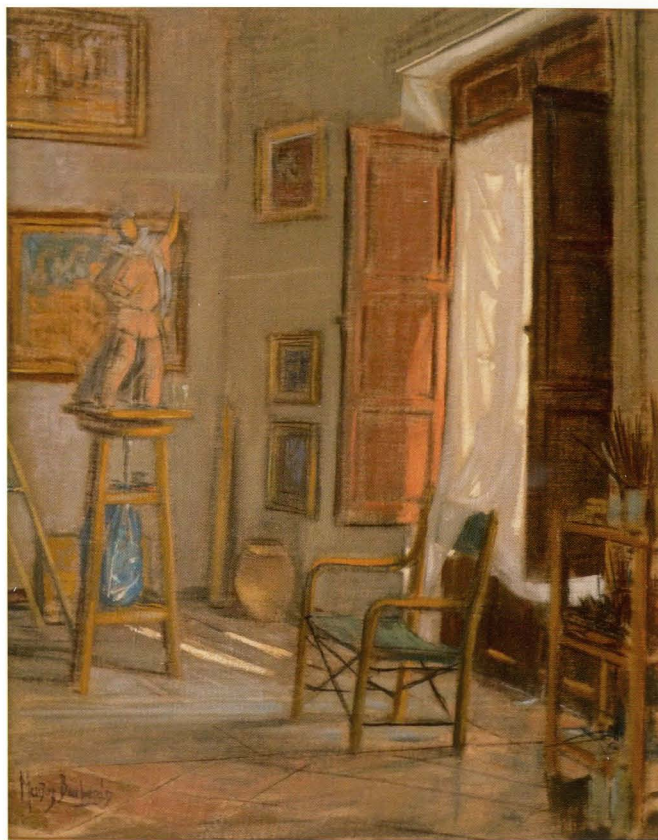
Real Academia Alfonso X el Sabio

Una exposición que reúne la obra pictórica de Manuel Muñoz Barberán relacionada con la Semana Santa de la Región de Murcia es una excelente ocasión para reencontrarse con el pintor, pero también con el amigo, que sabía vivir con singular delectación el acontecer anual de la Semana Santa, y captar en sus lienzos y en sus dibujos la fuerza de la devoción popular en las celebraciones de esos días y la singularidad de nuestras procesiones.

En la Real Academia Alfonso X el Sabio Muñoz Barberán no sólo era admirado y apreciado como pintor, sino también como investigador de nuestra historia, como incansable usuario de nuestros archivos en busca incansable de documentos que fue interpretando y publicando en artículos, monografías y libros sobre personajes de nuestra historia muy conocidos (Cascales, Ginés Pérez de Hita, Pedro Orrente...) o totalmente anónimos, gentes del arte, pintores, arquitectos, escultores, artesanos, gentes del teatro, organizadores de fiestas populares, que hubieran acabado en el más absoluto de los olvidos.

En la Real Academia Alfonso X el Sabio Muñoz Barberán publicó algunos de estos estudios y ensayos, desde su inolvidable discurso de recepción, en 1976, sobre Bosquejo documental de la vida artística de Murcia en los años últimos del siglo XVI y primeros del siglo XVII hasta su libro *Ventana al ayer (Fragmentos de la vida murciana de hace cuatro siglos)*, en 2002, siempre ilustrados con sus expresivos dibujos. Al prologar uno de esos libros, el que dedicara a la *Nueva biografía del Licenciado Cascales*, escribí unas palabras, entre otras que se referían a los hallazgos del estudio, que mantienen toda su vigencia hoy, cuando el pintor ha desaparecido. Con ellas, quiero cerrar este texto institucional:

«Difícil es perfilar, hallar y describir la silueta humana, exacta o adecuada, que pudiera reflejar el ser y el hacer de un artista, a quien a su calidad pictórica une diversidad de aspectos culturales muy destacados. Vida activa y múltiple, buen conocedor de su entorno geográfico y humano, con una filosofía propia de la vida en la dualidad de su perspectiva artístico-literaria en el amplio horizonte en que se desenvuelve. Cualidades humanas a las que se añaden la firmeza de sus expresiones que suelen llevar consigo una ironía fina y penetrante, nunca hiriente, y envuelta siempre en el gracejo de su cordial simpatía. Genuina espontaneidad expresada en el fluir de conversaciones, rápida, compacta y crítica, y más reflexiva, ponderada y concatenada a la hora de hacerla por escrito. Y aquí, como en otras publicaciones tuyas, yo destacaré, en la desenvoltura con que se expresa, su consecuencia: amenidad y en grado superlativo, que conduce a una lectura sosegada, pero sin pausa, continuada y atractiva por cuanto sugiere, de una plasticidad que configura imágenes, tan precisa, como las que él mismo crea y efectúa con rápidas pinceladas o cuatro trazos de un lápiz que se desliza y dibuja fisonomías humanas o urbanas que captan realidades tangibles. Amenidad. Interés. Historia murciana».



Un gran humanista

Francisco Marín Hernández

Director

Real Academia de Bellas Artes Santa María de la Arrixaca

Como director de la Real Academia de Bellas Artes Santa María de la Arrixaca se me solicita esta breve intervención para incorporar como texto institucional al catálogo de la exposición *Muñoz Barberán, Pasión y Memoria*.

De la altura humana y artística de nuestro académico de número recientemente fallecido, da idea el aluvión de intervenciones que prestigiosos personajes del mundo de la cultura de nuestra región han realizado en los medios de comunicación, a cuyos contenidos hay que remitirse para conocer, al menos en parte, cual era su verdadera dimensión. Sí es pertinente recordar algunos de los comentarios que sus compañeros de Academia realizaron cuando conocieron la triste circunstancia, coincidiendo todos ellos en esa calificación como persona sumamente tratable, con mucho sentido del humor y considerado como pintor muy admirado y querido, como lo definieron los académicos, Ilmo. Sr. D. José Antonio Molina Sánchez e Ilmo. Sr. D. Ángel Hernán Saez de Dios.

Su verdadera dimensión la definió perfectamente el académico Ilmo. Sr. D. Juan Barceló Jiménez, afirmando que no solamente era un gran pintor sino un gran humanista, cualidad ésta que le permitió ejercer como fiel notario de su entorno tal y como acertadamente indicó el Académico Ilmo. Sr. D. Carlos Valcárcel Mavor. Pero la dimensión quizás más definitoria de lo que realmente era su personalidad, es la anécdota que nos cuenta el académico Ilmo. Sr. D. Cristóbal Belda Navarro cuando lo vio dibujando junto al Puente de Rialto en Venecia, lo que lo llevó a sus admirativos calificativos de «¡Genial!, ¡espontáneo!». De todas estas anécdotas y sus consecuencias en la producción de la obra pictórica de nuestro querido maestro, dió perfecta respuesta la exposición que en el año 1994 se realizó en el Palacio Almudí y que fue comisariada por el académico Ilmo. Sr. D. Martín Páez Burruezo.

Realmente trascendió como hombre universal al mero oficio de la pintura, con ser éste excelso, y entendió ese oficio como respuesta a la gran pregunta de ¿qué es el espacio y cómo el hombre, su destinatario, lo percibe, entiende y, a su vez, lo cualifica? Manuel Muñoz Barberán supo ver con los ojos del corazón y entender que la visión no es pasiva, sino inconscientemente activa, produciéndose una transacción entre el hombre y su medio espacial, la «acción interiorizada» de la que nos habla Jean Piaget, pero todo ello sin desprestigiar el «saber ver» que presidió toda la obra de Leonardo Da Vinci, propugnando el triunfo de la razón sobre la intuición.

Manuel Muñoz Barberán fue tan prolífico como exigente con toda su actividad artística y su obra pictórica resume esa característica personal que configura su peculiar manera de entender la pintura, concretando unas imágenes que las distingue del resto de sus coetáneos. Supo captar el orden puro arquitectónico como esa «música del espacio», que envuelve a los protagonistas de la escena, aplicando sabiamente una nueva dimensión, la dimensión cultural, que en su mayor parte se oculta a la vista de otros artistas.

Pintor de rincones olvidados de las ciudades sin aparente atracción, que rescató para la posteridad con la carga de humanidad que desbordan los protagonistas de las escenas que en ellos se desarrollan, aplicando lo que afirmaba rotundamente: «La bondad de la obra de un artista está en lo que siempre uno ha querido ser, con autenticidad, y nunca el lo que los demás quieren que uno sea». Hizo gala de su propia cultura, inscrita en lo más hondo de su sistema nervioso y es ella la que, fuera de su dominio voluntario, determina el modo que tiene de percibir el espacio y entendió, como artista muy atento a la cultura de su tiempo, la tradición como fuente de creación original y auténtica. Consiguió que se cumpliera su afirmación: «Hasta el final me seguiré dedicando a la pintura, mi vocación y mi entrega». Siempre te recordaremos maestro y nos tendremos que conformar con tu obra.

Indice

Manuel Muñoz Barberán [Lorca, 1921-Murcia, 2007]

Manuel Muñoz Clares

pág. 10

Manuel Muñoz Barberán, deseo y pasión de ser pintor

Pilar Muñoz Clares, 1

pág. 13

La obra de investigación histórico-literaria de Manuel Muñoz Barberán

Francisco Javier Díez de Revenga Torres

pág. 16

Catálogo,

pág. 22



Manuel Muñoz Barberán [Lorca, 1921-Murcia, 2007]

Manuel Muñoz Clares

Nacido en Lorca, de su formación artística siempre se ha destacado el autodidactismo guiado por el estudio y la copia de renombrados pintores españoles. No obstante, los rudimentos del dibujo los aprendería inicialmente en la Academia de Dibujo de su ciudad natal dirigida, sucesivamente, por Francisco Cayuela y Juan Navarro Morata. Su estilo muy personal, adscrito a la figuración postimpresionista, denota un magnífico dominio del dibujo y una preocupación constante por el tratamiento de la luz tanto en los paisajes como los múltiples temas que ha abordado.

Tras las primeras tentativas de pintura religiosa y retrato llevadas a cabo en Lorca, Cehegín y Mula, en los años inmediatos al final de la guerra civil, la fijación de su residencia en Murcia marcará el comienzo de su carrera artística. Las primeras exposiciones con temas de paisaje y bodegones despiertan el interés de la crítica y sus pinturas en San Antolín le abrirán el camino de los grandes murales religiosos que más tarde desarrollaría en la basílica de la Purísima Concepción, de Yecla, o en la iglesia de San Bartolomé, de Murcia, entre otras muchas. Su amistad, a partir de 1949, con Manuel Fernández-Delgado Maroto le llevaría a introducirse en el mundo del mural decorativo realizando en 1951 pinturas para Chys y el Hotel Victoria, ambos trabajos desaparecidos hoy. Esa actividad dentro de la pintura decorativa de carácter civil, no la abandonaría definitivamente hasta finales de la década de los ochenta. El 8 de diciembre de 1951 contraía matrimonio con Fuensanta Clares Pérez.

Durante las dos décadas siguientes (1952-1970), Muñoz Barberán va a profundizar en la trayectoria artística que se había trazado, tanto en lo que se refiere al tipo de pinturas murales como en lo que afecta a técnicas y temáticas abordadas en sus obras de caballete. Los encargos públicos y privados de todo tipo y temática serán una constante en la obra del pintor a partir de estas fechas. Retratos, paisajes urbanos de Murcia, Lorca y otras ciudades de la región, escenas de procesiones y festejos, máscaras o bodegones, son lo más habitual en las exposiciones que periódicamente realiza tanto en su tierra (en las salas Chys, Zero, Casa de la Cultura, las de la C.A.S.E. de Murcia y Lorca...), como en Madrid, en donde comenzará a exponer desde los años cincuenta en las salas Toisón y Grifé & Escoda con una buena acogida por parte de la crítica. Su actividad de dibujante y diseñador cobra ahora mayor dimensión con trabajos relacionados con el cartelismo (Semana Santa, Festival de Folklore del Mediterráneo...), ideación de carrozas (Fiestas de Primavera de Murcia), decorados y figurines para teatro (colaborando con César Oliva) y abundantes dibujos a plumilla para ilustrar tanto artículos de periódico como libros. De entre estos últimos sobresale el titulado *Tabernas de Murcia* (1970), cuyos textos pertenecen al periodista murciano García Martínez.

La amplia actividad artística desplegada va a obtener los reconocimientos que confirman plenamente a Muñoz Barberán y que serán especialmente significativos a partir de 1964. Antes, en 1952 y 1953, recibe sendos premios en las exposiciones del Ayuntamiento de Murcia y de la Diputación Provincial, y en 1956 el Primer Premio en la Exposición Regional de Cieza. Ya en la década de los sesenta los que, de alguna manera, venían a reconocer la solidez de su personalidad artística exhibida durante más de veinticinco años: Tercera Medalla del Salón de Otoño de Madrid (1964); Premio «Paisaje Madrileño» del Excmo. Ayuntamiento de Madrid (1965); Palma de Plata de la Bienal de la C.A.S.E. de Elche (Alicante) (1966); Premio Nacional Villacis de la Excmo. Diputación Provincial de Murcia (1967); Laurel de Murcia, de la Asociación de la Prensa (1967); Medalla de Oro del VI Salón Nacional de la C.A.S.E. de Murcia (1968); Premio Excmo. Ayuntamiento de Madrid en la Exposición Nacional de Bellas Artes (1968); Primer Premio en la Exposición Regional de Cieza (1968); y Premio Chys (1964 y 1968). En 1968 sería designado académico de número

de la de Alfonso X de Murcia, cuyo discurso de ingreso, sobre artistas murcianos de los siglos XVI y XVII, leería en 1976.

Viajes y escritos (apariciones esporádicas en la prensa regional y madrileña) completan el panorama de estos años. De entre los viajes son especiales el encuentro con Italia, donde pasará unos 15 días en Roma en el año 57, y también el que realiza con Molina Sánchez a Évora (Portugal), para participar en un encuentro internacional de artistas. Las cortas estancias en distintas capitales europeas y las más frecuentes en Italia (Venecia y Florencia, sobre todo) no cesan en la biografía del pintor, que complementa estas salidas con intensos recorridos por España.

En la década de los setenta la personalidad polifacética de Muñoz Barberán va a desarrollarse extraordinariamente. Los proyectos de investigación histórica gestados largamente, la necesidad o casi urgencia de viajar y unas ofertas interesantes que le llegan al pintor por su contrastado buen oficio y por el prestigio adquirido, son algunas notas características de este período. Una de esas ofertas, aceptada más por sentimientos personales que por otra cuestión, es el diseño y dirección artística de bordados para el Paso Blanco de Lorca. Se adentra así el pintor en este campo artístico inexplorado hasta entonces para él, y en el que consigue piezas ya tenidas por clásicas, como el estandarte de la Virgen de la Amargura. Las regulares exposiciones llegan ahora hasta Barcelona y Alicante, y su actividad como

muralista en el ámbito civil y como diseñador de carteles es ahora de amplio calado. Con respecto a la investigación histórica, otra de las vertientes más conocidas de Muñoz Barberán, es ahora cuando se va a gestar la idea de revisar a fondo la teoría del autor de *El Quijote apócrifo*, tema sobre el que escribe artículos y libros que fijan definitivamente su posición atribuyéndolo a Ginés Pérez de Hita. Los archivos históricos de protocolos de Murcia y Lorca van a empezar a desvelarle no sólo la vida del zapatero-escritor, sino otras muchas de artistas, literatos, gente llana, profesionales liberales, obispos, regidores, mesoneros, soldados, canónigos... y un sinfín de pequeñas historias que componen, en suma, la vida de las ciudades. De esas investigaciones derivará la larga serie de artículos de divulgación que publica en *La Verdad*, acompañados de su respectivo dibujo, que comienzan a primeros de los setenta y concluirán hacia 1984, aunque Muñoz Barberán seguirá publicando esporádicamente en la prensa regional artículos de este carácter y otra larga serie de los que podríamos calificar «de opinión» o de crónica ciudadana. Fruto de su actividad investigadora son también sus valiosas aportaciones de forma monográfica a las biografías de grandes personajes murcianos (Pérez de Hita, licenciado Cascales, Orrente, etc.) y dos volúmenes en los que se han recopilado buena parte de los artículos aparecidos en prensa que tiene que ver con el arte, la cultura y las ciudades de la región murciana. En estos años entraría de lleno también en el mundo de la obra gráfica, realizando grabados y serigrafías para libros de gran formato dedicados a Lorca y Murcia.



El prestigio personal alcanzado por Muñoz Barberán en estos momentos hace que el mundo de la política lo intente captar con ofertas de las que rápidamente se desentendió. En 1977 es nombrado director del Instituto Municipal de Cultura del Ayuntamiento de Murcia, cargo en el que permaneció tan poco tiempo como en el de algo así como «inspector provincial de monumentos» de la Diputación Provincial. También fugaz fue su designación como asesor del Ministerio de Cultura.

Hablar de madurez al referirnos a un artista es sinónimo de una etapa en la que el estilo, la técnica y las temáticas ya han sufrido una depuración suficiente, quedando desprovistas de lo superfluo. Eso ocurrirá en los años que podríamos calificar como de plena madurez comprendidos entre 1980 y el año 2000. De la pintura de caballete de estos últimos veinte años van a surgir cuadros que se resuelven directamente sobre el lienzo sin preparar, con muy poca materia pictórica, y otros en los que dominan las pinceladas yuxtapuestas, buscando los efectos de color y luz en bruto. Esas pueden ser dos características esenciales a las que deberíamos unir un aclaramiento progresivo de la paleta en la que cada vez hay menos sienas. Sin embargo, allí donde el pintor siente que hay que utilizar otros recursos técnicos más sólidos en cuanto a dibujo y a estudio de figuras y composiciones, la buena formación que subyace en su oficio aflora sin esfuerzo. De este modo están resueltos los compromisos que adquiere para trabajos de mayor empeño, como los de tipo religioso que hace en la Capilla del Rosario de Alcantarilla (1984), donde utilizará por primera y única vez la técnica del fresco. Su etapa dentro de la pintura decorativa la cerrará con el techo y telón del Teatro Guerra de Lorca (1988-89) y el techo del Concha Segura, de Yecla, terminado definitivamente en 1996.

En esta época las exposiciones se reducen al ámbito regional, mostrando habitualmente su obra en Murcia, Lorca y Cartagena. Los viajes también van a continuar, aunque ya más distanciados y selectivos. Excepcional resulta la estancia de un mes completo en Florencia en 1985. En 1993 visitaría el norte de Marruecos y en 1999 la ciudad de Praga. De todos esos lugares realiza las correspondientes exposiciones. La obra gráfica y el cartelismo cobrarán especial brillantez en este etapa.

La personalidad diversa y rica en matices del artista, así como la enorme y más aquilatada producción de estos años, se tradujeron en distinciones, premios y nombramientos de todo tipo, en donde abundan los de carácter popular y no faltan los procedentes de instancias oficiales. Sería cansado enumerar las invitaciones recibidas para pregonar en diferentes ciudades fiestas patronales o de Semana Santa, o simplemente para contar con su presencia en cualquier celebración importante. De entre lo más significativo destaca que fue Gran Pez del Entierro de la Sardina en 1987, se le nombra Cronista Oficial de Murcia en 1988, recibe el Premio Elio de Lorca en 1989, o que le concedieron el galardón Matrona de Murcia de la Federación de Peñas Huertanas en 1990, nombrándolo también en este mismo año el Ayuntamiento de Lorca Hijo Ilustre de la Ciudad, distinguiéndolo además con la Medalla de Oro. Dos calles llevan su nombre (una en Murcia y otra en Sangonera la Seca), así como un colegio en su ciudad natal. En el año 2000 fue nombrado Académico Numerario de la de Bellas Artes de Nuestra Señora de la Arrixaca, perteneciendo al núcleo de fundadores, y en fechas recientes recibía la Encomienda de la Orden del Mérito Civil.

El interés por la obra de Muñoz Barberán también ha ido en aumento, siendo especialmente significativo a este respecto el año 90, cuando la Universidad realiza una exposición sobre el pintor en la Sala de la Convalecencia, figura en la muestra organizada por la Asamblea Regional titulada *Maestros de la Pintura Murciana* y forma parte de la muestra *25 Pintores Murcianos* celebrada con motivo del aniversario de Cajamurcia. En el 92 su obra sería mostrada en el pabellón de Murcia de la Expo de Sevilla, y en el 94 el Centro de Arte Almudí le organiza una retrospectiva dentro de *Contrapareda 15*. Con motivo de su 80 cumpleaños se realizaría otra retrospectiva en Lorca (*Muñoz Barberán. Pintura y Memoria*) y en el mes de noviembre de 2006 se abrió la última exposición homenaje en la Sala de San Esteban, dependiente de la Presidencia de la Comunidad Autónoma.

Muñoz Barberán, deseo y pasión de ser pintor

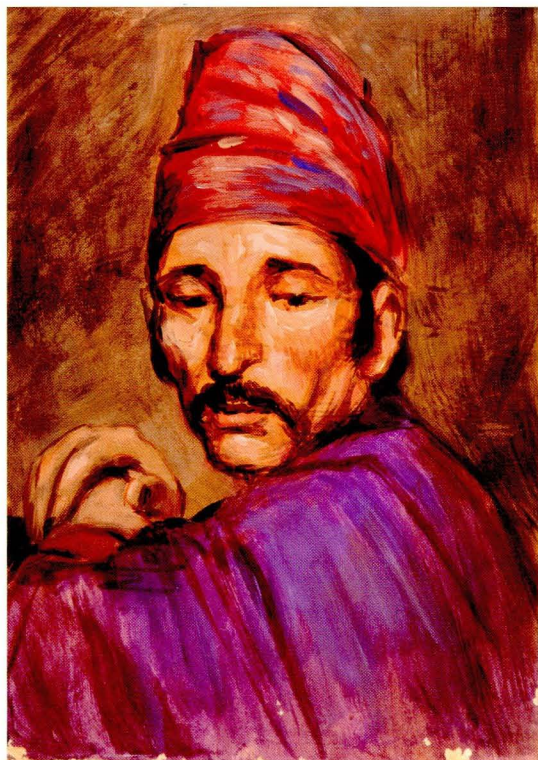
Pilar Muñoz Clares

Nos llevaba mi padre a unos cuantos, los que se dispusiese, o nos apuntásemos o tuviesen una cierta edad. A la cabeza iba él tirando –*no os perdáis, venga vamos, no llegamos*– y en una de sus manos, enrollada en el puño, la cinta de su máquina negra, una *kodak* lo más parecido a la instantánea de hoy. Recuerdo que clicaba fuerte. Era el Viernes Santo en la oscuridad de la media noche, con más frío del que suponemos debe tener la primavera aquí y con la extrañeza de levantarnos a tan poco de habernos dormido para ir a San Andrés, muy cercano a nuestro barrio; la clave estaba en llegar a una hora más o menos prevista, y la realidad era que el tiempo excusaba a la luz, porque tanta premura lo que en verdad perseguía era ir al encuentro de los primeros rayos del amanecer. Desde la noche cerrada, y en unos metros de apresurados pasos, todo empezaba a azularse de charol marino. Era una cuestión de luz, sí.

Resultaban algo confusas aquellas horas con sueño, y para ser noche ruidosas, pero entre saludos y atenciones para que nos quedásemos colocados o lo siguiéramos pegados al pantalón, mi padre permanecía atento a la luz como siempre lo estaba y como exactamente lo pinta en uno de los cuadros de esta exposición, propiedad de la Cofradía de Nuestro Padre Jesús, y que debe ser de finales de los sesenta. Aquella franja de luz descendía, al igual que lo hace en el cuadro, en contraste con el amoratado ambiente de luz-reloj para los cofrades que daban los últimos toques a la salida de los pasos y a la organización de los penitentes. Se sentía la inquietud y la espera en unos y otros, y mientras, casi imperceptiblemente, la luz del amanecer aproximaba a los ojos una paleta real de amplio abanico de colores. El espectáculo visual desde el casi ras de suelo que recuerdo, tomaba movimiento con el resplandor del negro en las cruces amontonadas, sobrepuestas, apoyadas unas sobre otras, como aspas de cervantinos molinos –quizás pensó alguna vez mi padre– o recostadas sobre los muros dieciochescos de la pequeña iglesia. Lo que a mí más me atraía, por otra parte, eran esas fascinantes trompetas, las de escarnio que se llaman, que de vez en cuando sonaban. Ahora son los ocreos los que vienen a mi memoria y, con ellos, la vida: vida en la pasión de los Salzillos, vida en la pasión del pintor padre, padre pintor; en las sombras que abultaban los balcones, en las caras de los que, hacía rato y no me había dado cuenta, tenía al lado. Con esa luz, un nuevo desvelamiento de la realidad.

En la puerta de la pequeña iglesia por fin salía un paso que yo nunca alcanzaba a ver. El primer rayo de luz debía dar sobre la cabeza de *La Dolorosa* de Salzillo. Los oscuros de las prendas de abrigo, zapatos, pantalones, tal y como me viene a la memoria, los globos de los carritos de chucherías encrespados en el cielo como balancines de la brisa de la mañana comenzaba a dibujarse, y así quedan también recogidos en ese otro lienzo que siempre estuvo en casa, ya de los ochenta. Las gentes se agolpan esperando el *decisive moment* en el que, recordaba Cartier Bresson, suceden todas las cosas. A mi padre le gustaba citar a Tirso: «no hay deuda que no se pague ni plazo que no se cumpla», porque la vida tiene tanto de deuda como de plazo.

He tenido la oportunidad de acercarme a las tallas del escultor barroco recientemente gracias al tiempo y al cariño que Emilio Llamas ha estado dispuesto a poner en esta exposición homenaje *Muñoz Barberán, pasión y memoria*. En el primer encuentro, hace ya unos meses, pude casi oler; como tan asociado tengo a mi infancia, los barnices ahora en los mantos de los apóstoles, hebraicos y huertanos mantos, verdes, granates, ocreos; también mirar en las caras de las tallas la expresión del movimiento en la espléndida *Última Cena* del escultor barroco. Salzillo existía desde mi infancia, además de por la procesión de los morados, *la de los salzillos* que conocemos todos los murcianos, porque el nombre del imaginero estaba en el vocabulario de mi casa y en el de los libros que empezábamos a poder ver y leer;



en aquellas imágenes íbamos reconociendo la misma cara que el angelito que andaba colgado en el cuarto de estar; las mismas caras que las personas anónimas que nos cruzábamos esas mañanas por las calles.

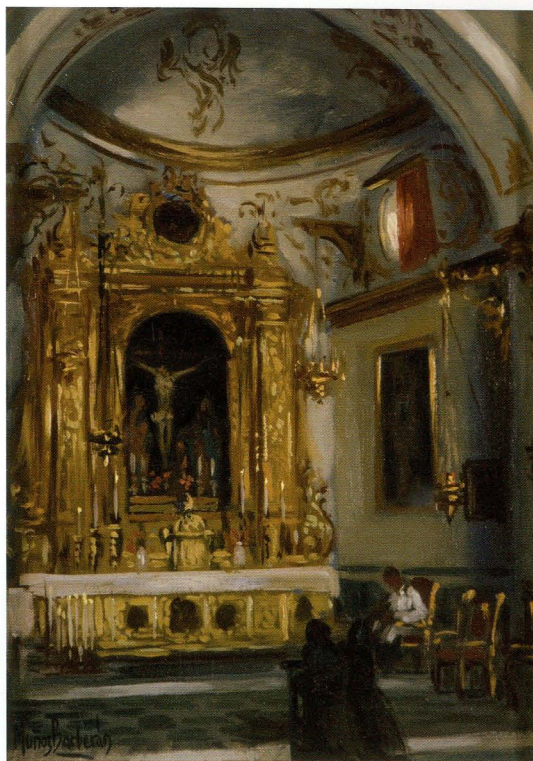
Apunta el pintor en uno de sus álbumes fotográficos: «El mejor Salzillo está en la reciedumbre de estas dos cabezas...» y la foto de El Prendimiento que precede a la anotación recoge en detalle el instante del beso de Judas. Estas palabras, escritas en plumilla con tinta blanca sobre cartulina negra y con su pulcra caligrafía, me hacen pensar en las veces que he leído acerca del costumbrismo en la pintura de mi padre. Es fácil convenir que este adjetivo encaja cuando los hábitos se ven recogidos en los lienzos; resuelve además aspectos de la historia del arte y la crítica que por su propia supervivencia deben quedar reconocibles. En el caso de Muñoz Barberán, mi padre pintor; y desde la perspectiva vivida tan personalmente, tengo la impresión de que su costumbrismo no está en la vida que se le pone delante, sino en la que elige desde la idea para que intencionadamente esté, como ese primer plano de Judas en aquel álbum, síntesis de lo humano: en su gesto, traición e incertidumbre, estoica mirada, resignación e inteligencia en Jesús que sabe y consiente. En ambas figuras trascienden con el ademán la intención formal barroca, en ambas va el escultor mucho más allá de ser estética.

Hay costumbrismo, desde luego, en los cuadros procesionales de las ciudades que en esta exposición están representadas, pero no sé en qué medida no le gana la batalla la intención de mostrar lo absoluto colectivo y trasladarlo, con las justas pinceladas, a la expresión de los niños nazarenos, a los portadores de los pasos, a las siluetas de los penitentes o al conjunto de los seres que callejean y construyen la idea social en los lienzos de Semana Santa. Una equilibrada disolución de lo propio en lo colectivo, diría, en un proceso de apropiación y creación a un tiempo tan real como que él mismo estaba allí, sentado con sus lápices, plumillas, rotuladores y tomando apuntes, o con la kodak en mano atrapando instantes esenciales en rostros, miradas, movimientos. Una realidad si no completa, al menos no fraudulenta. La obra habla por sí misma de no eludir lo que falsee el espectáculo social en que el pintor se sitúa, algo que, visto desde hoy, resulta muy cercano a que también el azar y lo casual proponen un redescubrimiento del entorno si se tiene la intención de ver. Figuras, manchas, colores conforman el costumbrismo en imagen fija en la que poder reconocernos. La sociedad en sí es el objetivo. Hay también, y así también lo recuerdo hasta sus últimos días, mucho empeño, y mucho tener siempre a mano algo con lo que pintar sin ninguna pereza. Hay un trabajador incansable y, no me cabe duda porque lo he vivido tan de cerca, deseo y pasión de ser pintor.

Miro las fotografías tomadas por Muñoz Barberán a lo largo de esas mañanas y reparo en el carácter documental que contiene esa multitud expectante como acotación geográfica de la humanidad: mujeres de cabellos ondulados que alargan el cuello y en la tensión de sus venas toma forma la espera; hombres de cuerpos vencidos hacia adelante como atendiendo ser necesitados para un refuerzo de última hora. Jóvenes y ancianos que cruzan palabras de siempre, propias de la cita de cada año, éste no ha llovido, llevábamos algunos malos, hace frío. Seres que van y vienen y son sorprendidos en sus poses más cotidianas. Estas imágenes, materia de mi memoria personal, y creo que de tantos murcianos, reconstruyen sin lugar a dudas un tiempo.

También en las gamas cromáticas bajo los barnices espesos –esos barnices, velos translúcidos de cada etapa pictórica y del transcurrir de los años– de los lienzos procesionales reconozco la fortaleza y creatividad de quien mantuvo a lo largo de su vida el impulso obstinadamente dirigido hacia un camino en el que se empeñó, el impulso de ser artista. Aunque yo entonces no fuera tan consciente como luego lo fui, admiraba de él el vigor y la pasión sin descanso por mirar la vida y adorarla. Hombre y actos de vida, en un inseparable batir de duelo, convierten a la de Muñoz Barberán en un hecho artístico y recordemos, el arte, diría Vostell, crea modelos de vida ética. Vivir cercano a esa experiencia me procuró el lujo de aprender a situarme en otra perspectiva, más interesante y rica a todas luces.

En la procesión se hablaba de algo que yo entonces no comprendía bien, se hablaba de pasión. Yo entendía muerte. Las figuras describían la Oración del Huerto, la Anunciación, el Ecce Homo... y mi padre pintor de vez en cuando se levantaba y adelantaba para coger caramelos de un amigo, o para, si la llamarada de luz había llegado a sus agudos ojos, captar una imagen que después quedaría guardada en esas cajitas amarillas de diapositivas con etiqueta «Viernes Santo, Cofradía de Nuestro Padre Jesús». Lo recuerdo como si fuera hoy contemplándolas en un pequeño visor mágico, ordenándolas en los carros del proyector, metiéndolas absorbido en los archivadores, o componiendo panorámicas con los papeles fotográficos sobre los álbumes negros. Su muerte me obliga a hacer lo mismo en mi memoria, recomponer la panorámica del recuerdo que se dibuja con tantos colores; me pregunto si esos amaneceres que tantas veces persigo, no quedaron en buena parte aprendidos en las pinturas de mi padre, entre las que he vivido siempre, y en su propio modelo ético. No hay morado, no hay verde ni azul que no reconozca en todos sus múltiples matices desde la noche al día, y no hay mañana de sol traslúcido que no se haya visto alguna vez en su estudio. Mi padre fue y es un pintor de luz.



Aunque no tengo muy clara la idea del arte mayúsculo, o quizás por eso, dicho y rehecho por tantos observadores según propia percepción justificada en páginas, creo que la vida puede ser un acto poético y que cualquier acción humana que se construya es materia artística. Por cada uno de sus infatigables actos diarios, no me cabe duda de que en la historia del arte en Murcia hay un lugar importante que ocupa Muñoz Barberán, mi padre pintor. Quienes tuvimos la fortuna de estar cerca de él sabemos que, hasta sus últimos días, en él estuvo la pasión y el deseo de ser vivo y obstinadamente pintor. Eso, sea lo que sea el arte, resultó toda una belleza.

La obra de investigación histórico-literaria de Manuel Muñoz Barberán

Francisco Javier Díez de Revenga Torres

La dimensión histórica de la figura del pintor Manuel Muñoz Barberán (Lorca, 1921-Murcia, 2007) cuenta con un componente singular que los lectores, los historiadores, los estudiosos de la literatura, los degustadores de la investigación histórica y literaria han de reconocer como excepcional. Porque Muñoz Barberán, además de excelente pintor, era un investigador constante y publicó numerosas monografías en las que dio a conocer aspectos de nuestro pasado, sobre todo de los siglos XVI y XVII, totalmente desconocidos, y mostró perfiles de personajes de la historia de Murcia que nadie ha superado, en especial, de los escritores renacentistas Francisco Cascales y Ginés Pérez de Hita.

A este último llegó a identificarlo con Ginés de Pasamonte, el personaje de *El Quijote*, apoyándose en su nombre de pila (Ginés) y en el de Piedrahita, que iba encadenado con él. Tal situación supuso uno de los numerosos argumentos de que se valió para atribuir a Pérez de Hita *El Quijote apócrifo*, que se publica en Tarragona en 1614, a nombre de un desconocido Alonso Fernández de Avellaneda, el famoso Avellaneda. Tuve el privilegio, en 1987, de prologar el libro que Muñoz Barberán, acompañado del fiel Juan Guirao, publicaron en la Biblioteca Murciana de Bolsillo, de la Academia Alfonso X el Sabio, en el que daban a conocer notas, documentos, romances y dos originales inéditos del enigmático escritor renacentista murciano Pérez de Hita.

Se consideraba Muñoz Barberán discípulo directo, en esto de la investigación, de su pariente, el ilustre archivero e investigador lorquino Joaquín Espín Rael, cuyos estudios muchas veces le sirvieron de partida y estímulo para nuevas investigaciones, que él realizaba, como le había enseñado su maestro, partiendo directamente de la documentación inédita existente en los archivos. Él mismo se encargó de prologar y cuidar la edición que la Academia Alfonso X el Sabio hizo en 1986 del libro de Espín *Artistas y artífices levantinos*.

He aquí una relación aproximada de su obra literaria y de investigación de Manuel Muñoz Barberán: *Risas y lágrimas en el Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* (1958), *Carta de la tía* (1972), *La máscara de Tordesillas* (1974), *Aportaciones documentales para una biografía de Ginés Pérez de Hita. En homenaje a D. Joaquín Espín Rael en el primer centenario de su nacimiento*, con Juan Guirao García (1975), *Retrato de Avellaneda, autor de El Quijote apócrifo* (1976), *Bosquejo documental de la vida artística murciana en los años últimos del siglo XVI y primeros del XVII* (1976), *Pedro Orrente. Nuevos documentos murcianos* (1981), *De la vida murciana de Ginés Pérez de Hita* con Juan Guirao García (1987), *Sobre el autor del Quijote apócrifo* (1989), *Nueva biografía del Licenciado Cascales* (1992), *Sepan quantos. Vida artística murciana en los siglos XVI-XVII* (1996), *De los corrales de comedias y del teatro en Lorca* (1999) y *Ventana al ayer: Fragmentos de la vida murciana de hace cuatro siglos* (2002).

En algunos de estos volúmenes, Muñoz Barberán recopiló estudios y artículos que había dado a conocer, con anterioridad, en los periódicos, sobre temas diversos de historia artística y cultural y de costumbres literarias que abarcaban aspectos tan sugestivos como los siguientes: biografías de artistas, arquitectos, maestros mayores, canteros y albañiles, escultores, pintores, bordadores, iglesias, edificios civiles, calles, plazas murcianas, fiestas, honras fúnebres, fiestas de Corpus Christi, teatro, libros, lecturas, libreros, mesones, mesoneros y naipes, personas y personajes de la más diversa condición, esclavos, etc.



Como ha señalado Juan Torres Fontes, «sus aportaciones biográficas sobre gran número de pintores, escultores y literatos han sido de extraordinario valor al ofrecer documentalmente nuevos datos con frecuencia decisivos para la identificación de obras, autores y naturaleza originaria de muchos de ellos. Une a esta larga cadena de años investigando en los archivos municipales de Murcia y Lorca, así como el de Protocolos, amplia erudición, ya que sus conocimientos bibliográficos son tan extensos como, en alguna ocasión, exhaustivos. A estas dos poderosas bases agrega Muñoz Barberán su experiencia, conocimientos y sensibilidad que le permiten andar con paso firme en el camino de las apreciaciones, informes y comentarios».

Prodigaba Muñoz Barberán, en su obra histórica y literaria, una cualidad que no suele ser frecuente entre los investigadores. Junto al rigor documental, desarrollaba, al mismo tiempo, una considerable calidad literaria ya que para él no estaba reñida la amenidad con el rigor y la exactitud de los datos. Lograba así hacer de los personajes e historias evocados figuras vivas, seres de carne y hueso que sufren y padecen. Es paradigmático en este sentido el que podemos considerar su descubrimiento o hallazgo más completo: la figura de Ginés Pérez de Hita, que triunfa en ocasiones, que recorre pueblos y ciudades, como tantos en su tiempo, en busca de fortuna con que socorrer la no poco frecuente adversidad. Ginés Pérez surge, de la mano de Muñoz Barberán, de entre las tinieblas documentales, desde el polvo y abandono de los archivos, para convertirse en un personaje lleno de vida, cuyos pormenores biográficos encontramos en entrañable encrucijada literaria, sólo conseguida por el afecto con que trata constantemente a este su personaje, a este su ilustre paisano del siglo XVI.

La figura de Ginés Pérez de Hita es fundamental en el desarrollo de un género literario peculiar dentro de nuestra literatura: la novela morisca. Su *Historia de los bandos Zegríes y Abencerrajes*, más conocida por *Las guerras civiles de Granada*,

se constituye en una de las más representativas muestras de este tipo de novela totalmente original de la literatura española. Su primera parte vio la luz en Zaragoza en 1595 y la segunda en Cuenca en 1619. Para los historiadores de nuestra novela, la primera de estas dos partes es mucho más imaginativa, fantástica y artística, ya que la segunda se halla más ceñida a la historia –sin duda más reciente– de la sublevación de los moriscos de las Alpujarras. Son éstos datos harto conocidos que, sin embargo, nos permiten centrarnos en el valor y significación de un autor murciano en un nivel nacional e, incluso, también hay que señalarlo, internacional, ya que sabemos, lo importante que Ginés Pérez de Hita fue para la novela romántica europea y americana, especialmente la novela «de moros» de Chateaubriand o Washington Irving, que culminaron así un género típicamente romántico, en el que lo exótico español tenía una representación extraordinaria.

Aun así, a pesar de la fama de Ginés Pérez de Hita hubo de alcanzar tan sólo a través de este libro suyo, y de la que se hace eco uno de los personajes del episodio nacional de Galdós *Juan Martín el Empeinado*, el escritor ha sido durante siglos un auténtico desconocido entre propios y extraños. Confusiones de viejos investigadores, basadas en noticias de oído, no directamente contrastadas, provocaron una serie de complejos malentendidos en torno a la figura de este enigmático Ginés Pérez, del que desconocemos la fecha y lugar de nacimiento, aunque tal feliz hecho debió de acontecer en alguna ciudad o villa del reino de Murcia en donde el escritor vivió la mayor parte de su vida. Parece ser, según apuntan sus biógrafos más serios, Manuel Muñoz Barberán y Juan Guirao García, que debió de nacer hacia 1537 y estuvo casado con una mujer de Vélez Rubio llamada Isabel Botía.

En 1560 nos dicen nuestros investigadores que vive en Lorca, ejerciendo la profesión de zapatero y preparando representaciones e «invenciones» de fiestas religiosas, especialmente de Corpus Christi, primer contacto activo que conocemos del novelista con materia artístico-literaria. Así lo hace, según queda documentado por Muñoz Barberán, para el concejo de Lorca, en 1564 y 1568. En 1569, en enero, participa, sin alistar, en la batalla de Félix contra los moriscos rebeldes y en abril de aquel año, se hace efectivo su alistamiento con las tropas de Lorca que habrían de unirse al marqués de los Vélez, con lo que se inicia su participación, duradera tres años, en las nuevas guerras civiles de Granada, que alternará con estancias en Lorca ocupándose de su oficio de zapatero. A partir de 1572, vuelve a organizar autos e «invenciones» para la fiesta de Corpus en Lorca, participa en competiciones como arcabucero y escribe una historia de la ciudad por lo que será gratificado, según consta en la documentación de la época aportada por Muñoz Barberán y Guirao García.

En 1578 se trasladó, desconocemos por qué motivo, a vivir a Murcia, y en 1580 a Cartagena, donde vuelve a organizar fiestas de Corpus de ese año y los siguientes hasta 1590. En 1588 y 1589 ha organizado también las fiestas del mismo motivo de Murcia, ciudad a la que debió de trasladarse a vivir en 1593. Por estos años, escribe su obra maestra, cuya primera parte aparece en Zaragoza en 1595 y en 1596 finaliza su traducción en verso de *La guerra de Troya* de Dares (*Los siete libros de Daris del Bello Troyano*). En noviembre del año siguiente da por terminada la segunda parte de sus *Guerras civiles*, mientras continúa organizando danzas y fiestas de Corpus. Hace diferentes gestiones con diversos impresores para la publicación tanto de la segunda parte de su novela como del *Bello Troyano*, y nada sabemos de él a partir de 1601, pese a los esfuerzos de sus biógrafos que han consultado los archivos de las localidades en las que vivió, sin que figure defunción alguna que pueda considerarse como suya.

Posiblemente debió salir de Murcia, porque no murió ni en esta ciudad ni en ninguna de la región. Como señalan Muñoz Barberán y Guirao García, fieles seguidores de la cronología de Pérez de Hita, «la breve y todavía oscura ?a pesar de lo que se ha adelantado últimamente?, oscura en muchos puntos, biografía de nuestro escritor, queda con sus dos principales extremos sin ilustrar: nacimiento y muerte. Ni él se cuidó de orientarnos, con algunas indicaciones sobre su familia y origen, ni dio al parecer señales de vida luego de ese año de 1600».

Las obras de Ginés Pérez de Hita son pocas, y verdadero valor literario sólo tienen sus *Guerras civiles de Granada*. Aun así hay que dejar constancia de la presencia de otras creaciones. La más antigua de todas ellas es el *Libro de la Población y Hazañas de la Muy Nobilísima y Leal Ciudad de Larca*, escrito, como ya sabemos, en 1572 y publicado en 1929 por Francisco Escobar, que acompañó la edición con un amplio estudio documental, con críticas e investigación sobre este autor del que trató de probar su naturaleza lorquina (1929). Se trata de un poema en octavas que parte de los orígenes legendarios en los que figuran Eneas y los jóvenes troyanos. En 1575 escribiría un poema, también en octavas, para describir las fiestas de Lorca con motivo de la batalla de Lepanto y el nacimiento del príncipe don Fernando.

Otras obras suyas son el libro sobre La guerra de Troya, traducción del de Dares sobre el mismo tema en verso, que se conserva incompleto y manuscrito en la Biblioteca Nacional de Madrid, y también dos sonetos que figuran en las Reales Exequias de Felipe II, historiadas por el médico Juan Alfonso de Almela y que son dos muestras más de su ingenio, no muy originales por cierto a causa del tema fúnebre obligado por la circunstancia. Y como obras de Pérez de Hita hemos de citar, por último, las que recogen Muñoz Barberán y Guirao García en su libro. Por un lado, dos romances que fueron publicados a su nombre en pliegos de cordel –son los romances de Reinaldos «Cuando aquel claro lucero» y de don García «A tal anda don García»–, bastante conocidos en versión anónima a través de silvas, colecciones de la época, etc.; y, por otro, dos manuscritos inéditos en los que se cuenta la historia de dos familias de la región: *Armas y blasones de los Gallardos* y *Origen y descendencia del linaje de los Fajardo y Marqueses de los Vélez*.

Indudablemente, y tal como venimos señalando, la obra más importante de Pérez de Hita es sus *Guerras civiles de Granada*, que aparecieron por primera vez en 1595, cuando se publicó la primera parte con el título de *Historias de los bandos de los Zegries y Abencerrajes*, caballeros moros de Granada y de las guerras civiles que hubo en ella, y batallas particulares que hubo entre moros y cristianos hasta que el rey don Fernando V la ganó; ahora nuevamente sacada de un libro árabe, cuyo autor de vista fue un moro, llamado Aben Amín, natural de Granada, tratando desde su fundación. Posteriormente, en 1619, se publicaría la segunda parte de las Guerras Civiles de Granada, que el autor había dejado terminada muchos años antes de su muerte. Toda la crítica ha señalado unánimemente la gran diferencia entre una y otra parte, ya que mientras la primera se refiere a sucesos ocurridos antes de la llegada a Granada de los Reyes Católicos, la segunda se refiere a hechos contemporáneos del propio Hita, por lo que se convierten en una Crónica particular de los sucesos realizada por un testigo presencial.

Lo mismo podríamos decir del Licenciado Francisco Cascales, a cuya biografía aporta Muñoz Barberán datos sorprendentes, extraídos de la documentación inédita de los archivos, como, por ejemplo, que compraba todo el papel para la edición y mandaba imprimir sus obras trasladando la imprenta a su propia casa para vigilar directamente la perfección del producto, tal como hizo con sus *Tablas poéticas*. Se podía permitir estos lujos quien no era sino un acaudalado ciudadano, que compraba y vendía propiedades con habilidad mercantil sorprendente, tal como ha demostrado Muñoz Barberán, mientras elucubraba si don Luis de Góngora era príncipe de la luz o príncipe de las tinieblas...

Se había dicho que hacia 1564 había nacido Cascales, que representa una de las figuras más significativas de la literatura de nuestro Siglo de Oro. Muñoz Barberán prefiere la fecha apuntada por Fuentes y Ponte de 1559. Le viene bien esa fecha porque la primera vez que firma como testigo en escrituras es en 1579, con veinte años. El caso es que la fecha de nacimiento y el lugar concreto, aunque él se nombraba natural de Murcia, son puntos oscuros. Debió de estudiar Humanidades en alguna Universidad próxima, Valencia o Granada. Así lo propone su biógrafo Justo García Soriano, aunque sin prueba alguna, como señala Muñoz Barberán. En 1582 se tienen noticias documentadas de él y se sabe, por propias manifestaciones, que en 1585 fue soldado en Flandes y posiblemente también en Francia.

Pero Muñoz Barberán advierte en su *Nueva biografía del Licenciado Cascales* que esas son manifestaciones propias hechas por Cascales, que no están contrastadas y que son dudosas, porque pueden responder a una moda o a una mane-





ra de hablar de la época. En 1594 ya estaba en Murcia, ya que asiste al traslado de las reliquias de San Fulgencio y Santa Florentina. Eso sí es seguro, tal como comprueba nuestro estudioso. En 1597 obtiene una cátedra de Gramática que el Ayuntamiento de Cartagena sostenía a sus expensas, donde tuvo como alumno al que luego sería afamado dramaturgo, Gaspar de Ávila. De aquellos años data su primera obra histórica, el *Discurso de la ciudad de Cartagena*, y su amistad con el poeta y marino cordobés, precedente del culteranismo en España, Luis Carrillo Sotomayor:

Como señala Muñoz Barberán, «la estancia en Cartagena es ocasión espléndida para que demuestre el maestro de Gramática, Cascales, su habilidad, su ingenio, sus conocimientos de la Antigüedad, de la lengua latina y de su penetración aguda en los temas históricos. *Discurso de la Ciudad de Cartagena* es la prueba de todo este saco de recursos que Cascales extiende ante los asombrados regidores, jurados y entendidos de la ciudad insigne. Ha pasado algo más de un año desde que le nombraron profesor de Gramática y ya tiene dispuesto este librito al que dan la bienvenida los cartageneros con la decisión de publicarlo en Valencia, en la imprenta de Juan Chrisóstomo Garritz. La vaga y débil luz comienza a convertirse en claridad rosada y a tomar la forma de un astro. Sí: comienza a lucir la estrella de Francisco Cascales».

En 1601 obtiene, en reñidas oposiciones, la cátedra de Gramática del recién creado Colegio Seminario Conciliar de San Fulgencio en Murcia, su lugar de residencia a partir de entonces y hasta su muerte, exceptuado un viaje a Madrid, en 1614, para obtener permiso de publicación de sus *Discursos históricos*. Debió de ser entonces cuando conoció a Lope de Vega, que le elogiaría en el *Laurel de Apolo*, y a Saavedra Fajardo, con quien mantendría interesante relación literaria. A lo largo de su vida se convirtió en el animador y máxima autoridad de cenáculos y reuniones literarias en Murcia, labor que ejerció hasta su muerte en 1642, según se desprende de la admiración y fervor de sus muchos discípulos, entre ellos el poeta Polo de Medina.

La obra de Cascales es extensa y variada, y abarca diferentes campos de la erudición de la época y aproximaciones esporádicas a la poesía. Su libro más antiguo es el *Discurso de la ciudad de Cartagena* (1598), al que siguen las *Tablas poéticas* (1617) y los *Discursos históricos de la muy noble y muy legal ciudad de Murcia* (1621). En 1634 publicaría la más original e interesante de sus obras, las *Cartas Filológicas*, y al final de su vida, entre 1634 y 1640, sus tres epitomes latinos: *Epístola Horatii Flacci de Arte Poethica in methodum redacta* (1639), *Novae in grammaticam observationes* y *Florilegium artis versificatoriae* (1640). Aparte de los *Discursos históricos*, sus obras más destacables son las de carácter filológico y literario.

Lo más curioso, respecto a Cascales, y a pesar de los esfuerzos de Muñoz Barberán, que reconstruyó muchos de los actos mercantiles privados del escritor, es que sabemos poco de lo fundamental en torno a él. Y de ello se lamentaba nuestro investigador al ver cómo su rastro se pierde en el tiempo, con sus papeles, con sus libros, con muchos documentos. Sólo queda la obra suya impresa, porque lo demás se desvanece en la noche de los tiempos, con los documentos que debió de heredar su hija: «Doña Feliciana heredó los libros del licenciado, su padre. Heredó su archivo, sus originales, sus cartas... No era costumbre despreciar estas cosas. Todas desaparecieron, todas fueron vendidas, quemadas, echadas como basura... Increíble. Cuando los investigadores de finales del XIX intentan reconstruir la biografía de Cascales han de partir de una total oscuridad. La vida del licenciado se ha de convertir poco menos que en una novela del peor gusto fran-

cés. Inquisición, nacimiento oscuro, bautismo secreto, miseria... Los documentos falsos –respecto al licenciado–, se mezclan con los auténticos y Francisco Cascales será una mezcla de muchos otros Francisco Cascales que ni siquiera sabían firmar dignamente. Esperemos que la investigación futura nos dé, mucho más clara, diáfana, la biografía de uno de nuestros más ilustres ciudadanos».

No vamos a dejar de referirnos en esta evocación a la opción más arriesgada del investigador Muñoz Barberán: la atribución a Ginés Pérez de Hita de *El Quijote apócrifo*, firmado por el desconocido Alonso Fernández de Avellaneda, con quien lo identifica, sin reservas, como llevamos adelantado. Los libros publicados en 1974 y 1976, ya citados, dieron mucho que hablar y no fueron pocos los que valoraron la posición de Muñoz Barberán, que, desde entonces, es citado en la bibliografía cervantina y del apócrifo, en la larga lista de las atribuciones del tal apócrifo y de las identificaciones de Avellaneda, que, como es sabido, aún hoy día siguen produciéndose y prodigándose. La lista, en estos momentos, es interminable, como lo es la de posibles autores del Lazarillo de Tormes, e incluso del mismísimo *Poema de Mio Cid*. Menéndez Pidal señalaba la anonimía como una de las características más originales y singulares de la Literatura Española, signo repetido que afecta a grandes obras de nuestras letras y que no nos ha permitido identificar a sus autores.

Tras aquellos libros de los setenta, publicados en Barcelona por Muñoz Barberán, se presentó en la Universidad de Murcia una tesis doctoral, publicada en resumen en 1984, la de la lorquina Eulalia Hernández Sánchez, que, con el título de *Contribución al estudio de la lengua del siglo XVI: G. Pérez de Hita y Alonso Fernández de Avellaneda*, llegaba a la conclusión de que, tras los estudios realizados a través de su extensa tesis, «Ginés Pérez de Hita no fue el hombre que se escondió tras el seudónimo de Alonso Fernández de Avellaneda».

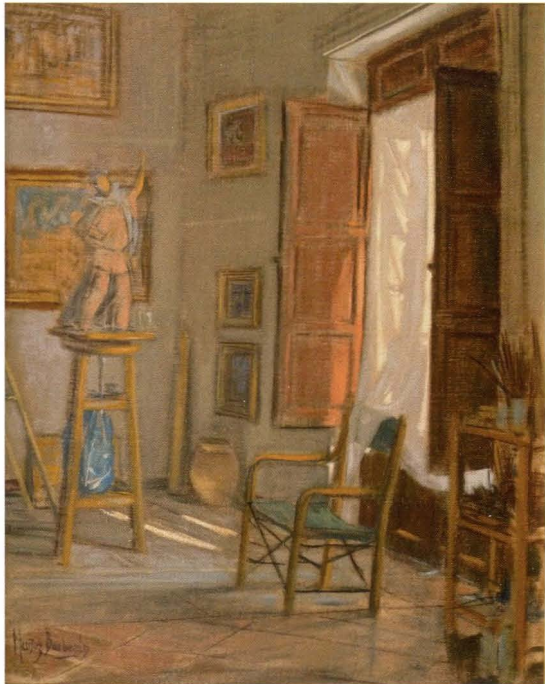
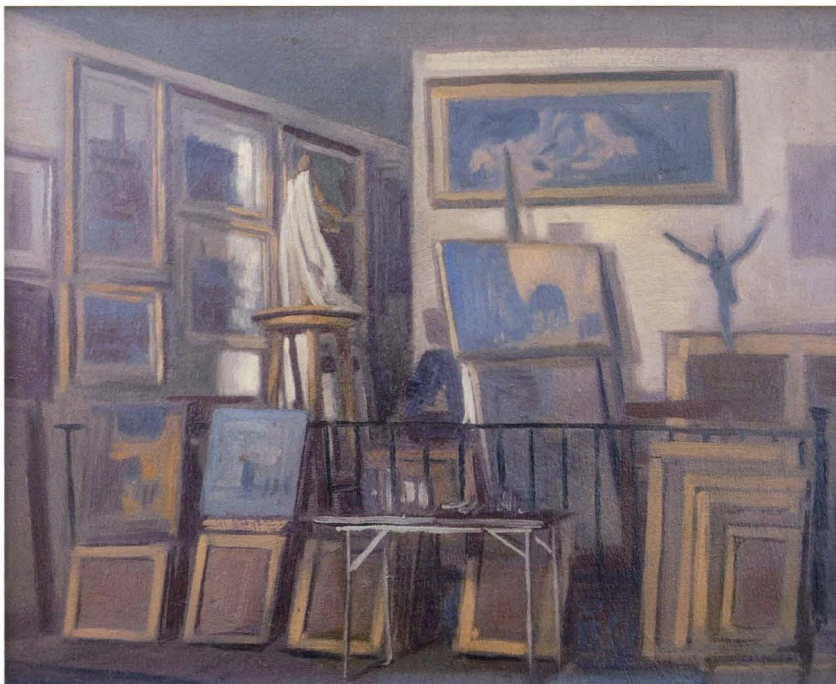
Muñoz Barberán se sintió dolido porque se dedicaba toda una tesis doctoral a demostrar que estaba equivocado, él, que no había sido universitario. Y con gran sentido del humor, viendo los casi tres mil folios que se habían escrito para desautorizarle, escribía: «Acabé sintiéndome orgulloso. Terminé contándolo a cuantos lo ignoraban. Hoy es objeto de mi casi desatentada vanidad.» Y, con tal motivo, recuperando sus antiguos escritos, y aportando más pruebas, sobre todo las obtenidas de la lectura de la traducción de *Bello troyano* y el *Libro de las hazañas de la ciudad de Lorca*, a que hemos aludido, no tenidos muy en cuenta en la aludida tesis doctoral, publica en 1989, a sus expensas en la Imprenta de Nogués de Murcia, el libro *Sobre el autor del Quijote apócrifo*, su última aportación a la tan sonada polémica.

La lectura de este ensayo o estudio de Muñoz Barberán, hoy, pasados ya los años, pone de relieve no pocas coincidencias entre los textos de Pérez de Hita y el aportado por la edición de Martín de Riquer del famoso apócrifo, coincidencias y no sólo lingüísticas, sino de aficiones, de dedicación, de gustos, comunes desde luego entre el redactor del Quijote y nuestro paisano Pérez de Hita. Las investigaciones, las indagaciones de Muñoz Barberán llegan a ser casi policíacas cuando ya al final del libro, tras enumerar miles de coincidencias lingüísticas, culturales y ambientales, trata del asunto de Ginés de Pasamonte y su compañero de cuerda el famoso Piedrahita (que etimológicamente es similar a Pérez de Hita), concomitancias que se relatan con singular amenidad y atractivo producidos por la máscara y por el secreto de identificación, provocados en este caso por el no menos misterioso Miguel de Cervantes, al dar un nombre tan concomitante a su famoso personaje, el preso llevado a galeras Ginés de Pasamonte.

Al no ser quien estas páginas escribe especialista en la lengua del siglo XVI ni en Cervantes, ni mucho menos en el apócrifo, es imposible que pueda dar una opinión o emitir un juicio crítico sobre la arriesgada apuesta de Muñoz Barberán. Doctores tiene el cervantismo, y tiempo habrá de hablar de ello en el futuro. Pero ahí está este pequeño volumen, tan impecable como entusiasta y ameno, y sobre todo con el gran valor de descubrir a su autor, el pintor Muñoz Barberán, convencido de estar en posesión de un secreto que los siglos nos han velado cuidadosamente, hasta el punto de que ni el propio Cervantes supo quién había pudo ser el maldito Avellaneda. Nosotros nos quedamos con Cervantes, en nuestra modesta ignorancia. ¡Qué le vamos a hacer!

No son pocas las aportaciones trascendentes que para la historia de Murcia legó Muñoz Barberán en sus obras escritas y, sin duda, el atractivo mayor de estos estudios fue su amenidad. Nacieron muchos de estos escritos para ser dados a conocer al lector común en las páginas de los periódicos. Y ese tono deliberadamente ameno, es quizá hoy, cuando el pintor ya no está con nosotros, el que dota a estas investigaciones de mayor singularidad y atractivo.

Catálogo

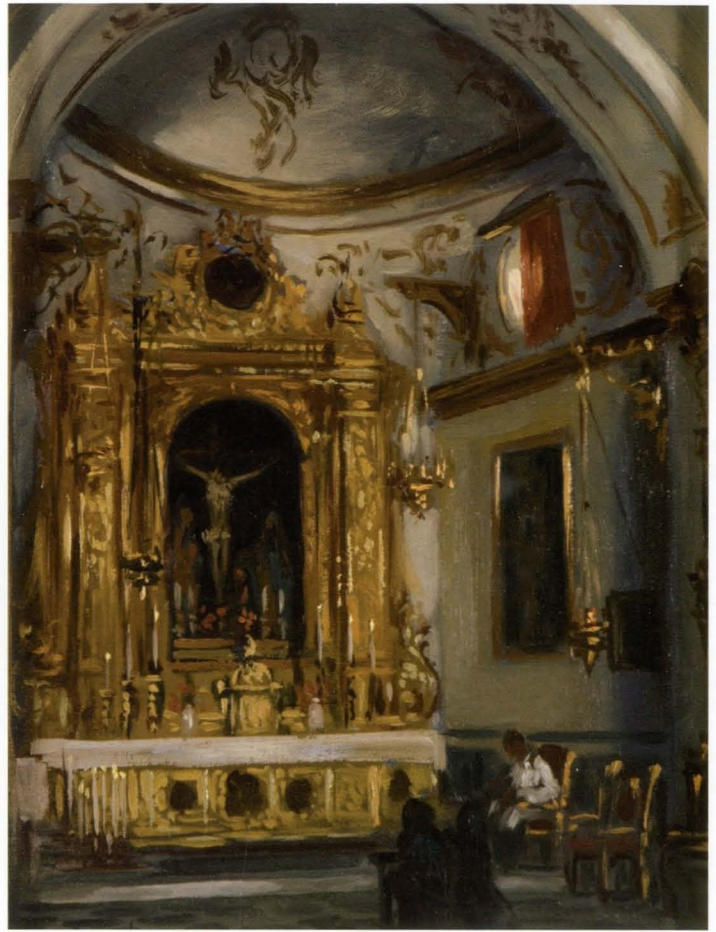
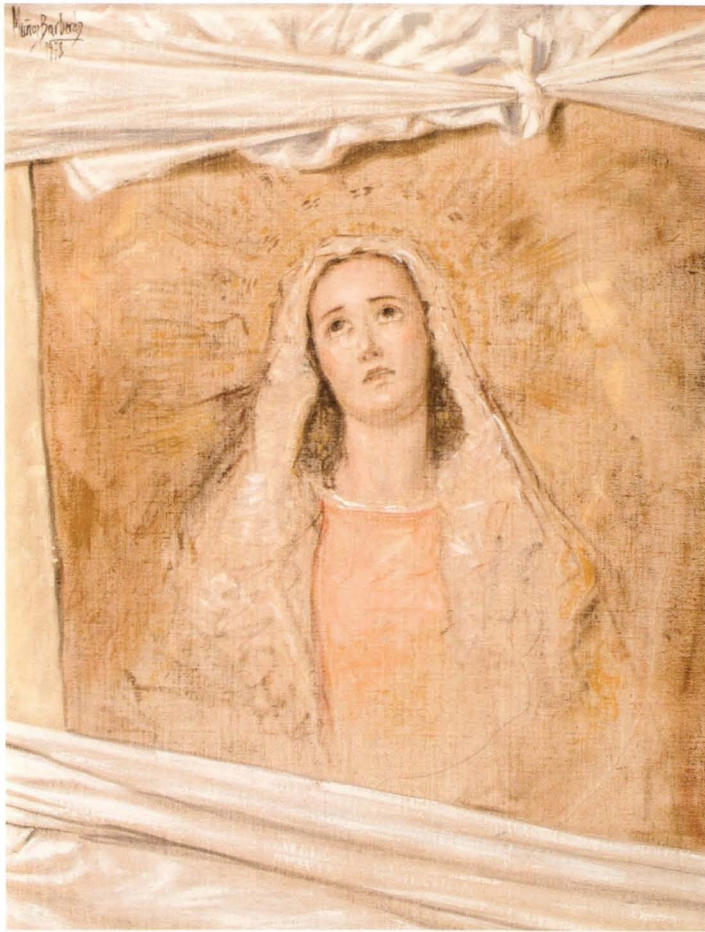


1
Estudio Alcantarilla
 Óleo sobre tabla
 32 x 40 cm
 Colección familia Muñoz Clares

2
Estudio Puente de los Peligros
 Óleo sobre lienzo
 81 x 65 cm
 Colección familia Muñoz Clares

3
Autorretrato
 Óleo sobre tabla
 h. 1960
 35 x 27 cm
 Colección familia Muñoz Clares

4
**Maletín y paleta de pintor
 con paisaje de Lorca**
 Técnica mixta
 30 x 8 x 38 cm
 Colección familia Muñoz Clares



5

Estandarte de la Virgen de la Amargura en el bastidor
Óleo sobre lienzo
1978
122 x 64 cm
Colección particular

6

Evocación de la capilla mayor del Calvario de Lorca
Óleo sobre lienzo
1980
52 x 43 cm
Colección particular





IZQUIERDA:

7

Los blancos pasando por la calle de
Santiago a principios del siglo XX

Óleo sobre tabla

h. 1977

40 x 30 cm

Colección particular

8

Domingo de Resurrección en Lorca

Acuarela sobre papel

abril, 1992

53 x 45 cm

Colección particular

9

Procesión de la Amargura

Óleo sobre tabla

h. 1980

40 x 30 cm

Colección particular

10

Capilla del Calvario

Óleo sobre lienzo

1978

58 x 72 cm

Colección particular

DERECHA:

11

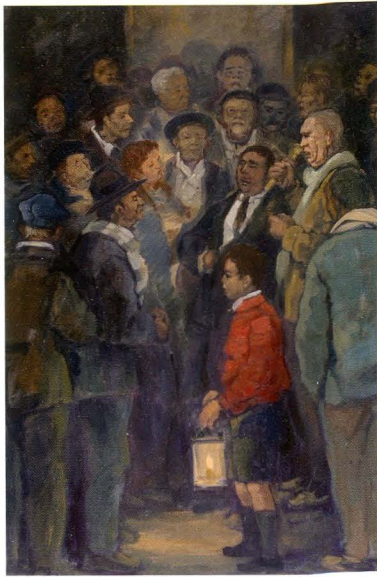
Dibujos preparatorios para el techo del
palio de la Virgen de la Amargura

Acrílico sobre papel

h. 1978

203 x 166 cm

Colección familia Muñoz Clares





IZQUIERDA:

12

Calvario de Lorca

Óleo sobre tabla

55 x 55 cm

Colección familia Muñoz Clares

13

Auroros

Óleo sobre lienzo

116 x 90 cm

Colección familia Muñoz Clares

14

Cabeza de aurora

Carboncillo sobre papel

h. 1968

41 x 33 cm

Colección familia Muñoz Clares

15

Abanico Virgen de la Amargura

Óleo sobre lienzo

1990

25 cm (radio)

Colección particular

16

Abanico Iglesia de Santo Domingo

Óleo sobre lienzo

h. 1990

25 cm (radio)

Colección particular

17

Paño de la Verónica

Técnica mixta sobre tela

1984

59 x 153 cm

Real y Muy Ilustre Cofradía de Nuestro Padre Jesús

DERECHA:

18

Salida de la procesión de Viernes Santo

Óleo sobre lienzo

1978

122 x 64 cm

Real y Muy Ilustre Cofradía de Nuestro Padre Jesús



19
Salida de la procesión del
Viernes Santo en Murcia
Óleo sobre lienzo
1967
88 x 122 cm
Colección particular

20
Nazarenos de Jesús
Óleo sobre lienzo
65 x 85 cm
Colección particular

21
San Juan en la puerta de Jesús
Acuarela
33 x 33 cm
Colección particular



22

Recogida de la procesión del
Viernes Santo en Murcia
Óleo sobre tabla
1967
69 x 96 cm
Colección familia Muñoz Clares



23

La Última Cena
Óleo sobre lienzo
h. 1960
86 x 114 cm
Colección particular



24
A la procesión
Lapiz y acuarela sobre papel
36 x 26 cm
Colección familia Muñoz Clares

25
Dos mayordomitos
Acuarela sobre papel
1991
23 x 15 cm
Colección particular

26
Traslado de Nuestro Padre Jesús
Nazareno
Óleo sobre lienzo
81 x 100 cm
Colección particular

27
Iglesia de Jesús
Tinta sobre papel
h. 1961
24,5 x 32 cm
Colección familia Muñoz Clares



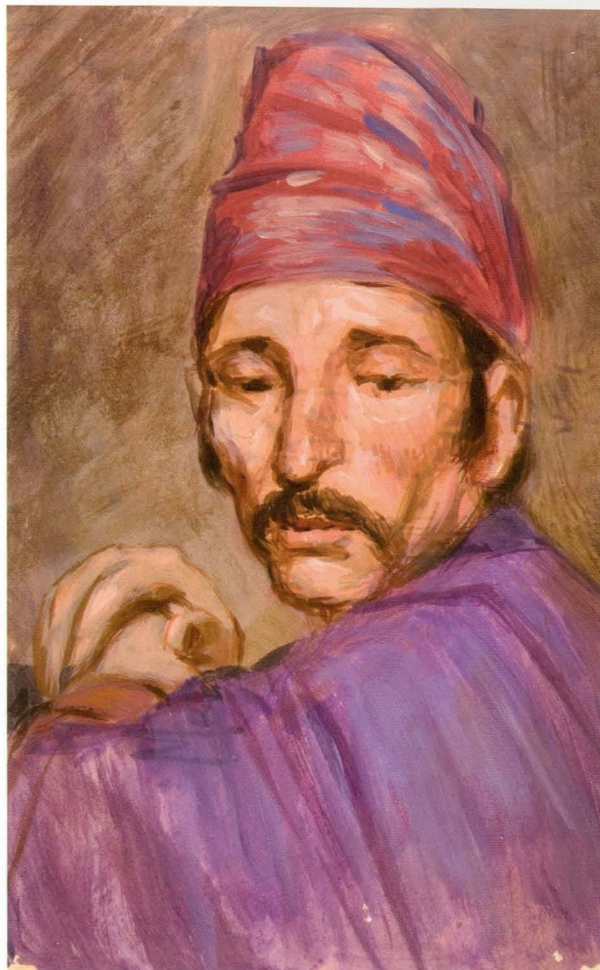
28

Boceto de Mayordomos

Tinta sobre papel

26,5 x 21 cm

Colección familia Muñoz Clares



29

Retrato de Estante

Técnica mixta

27,5 x 19,5 cm

Colección familia Muñoz Clares



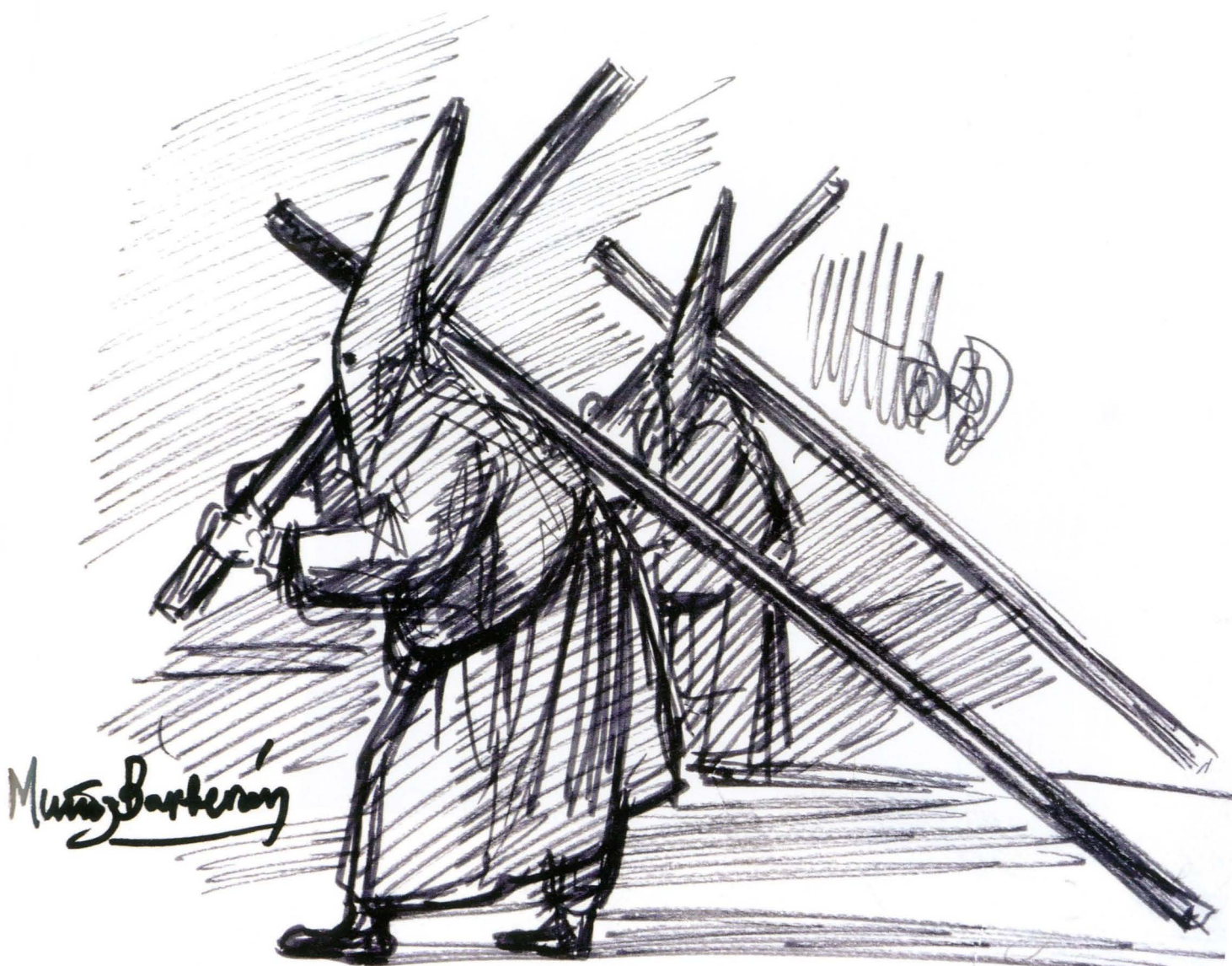
30

Estante de Jesús

Tinta sobre papel

20 x 12 cm

Colección familia Muñoz Clares



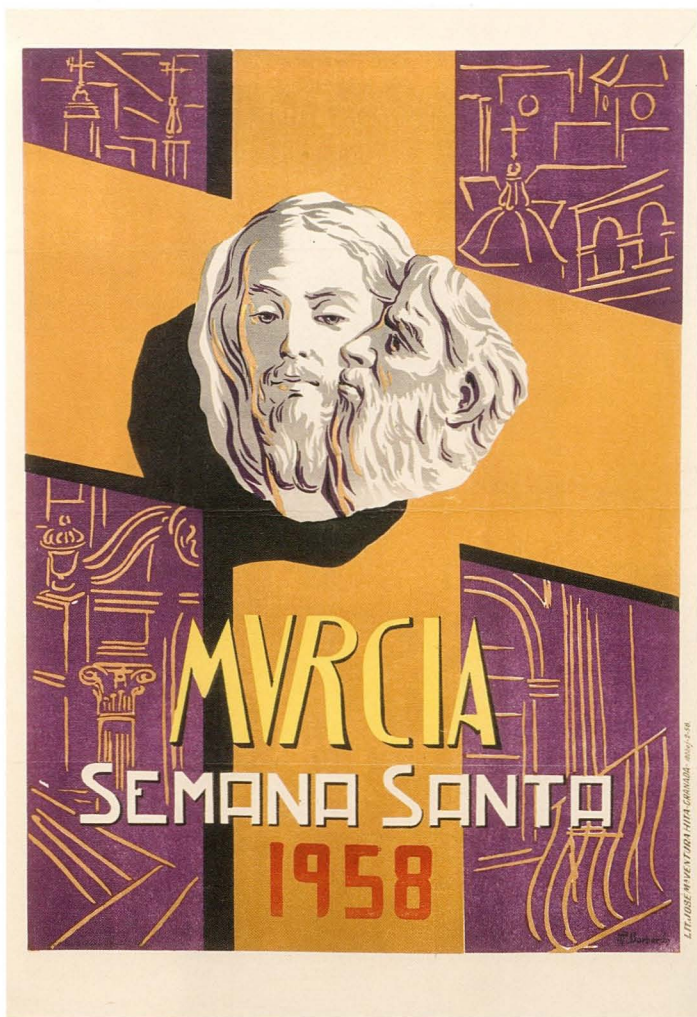
31

Penitentes
Tinta sobre papel
18 x 25 cm
Colección familia Muñoz Clares



32
Miércoles Santo
 Óleo sobre lienzo
 1967
 78,5 x 99 cm
 Colección particular

33
Procesión de los negros. Totana
 Óleo sobre tabla
 h. 1960
 42 x 120 cm
 Colección particular



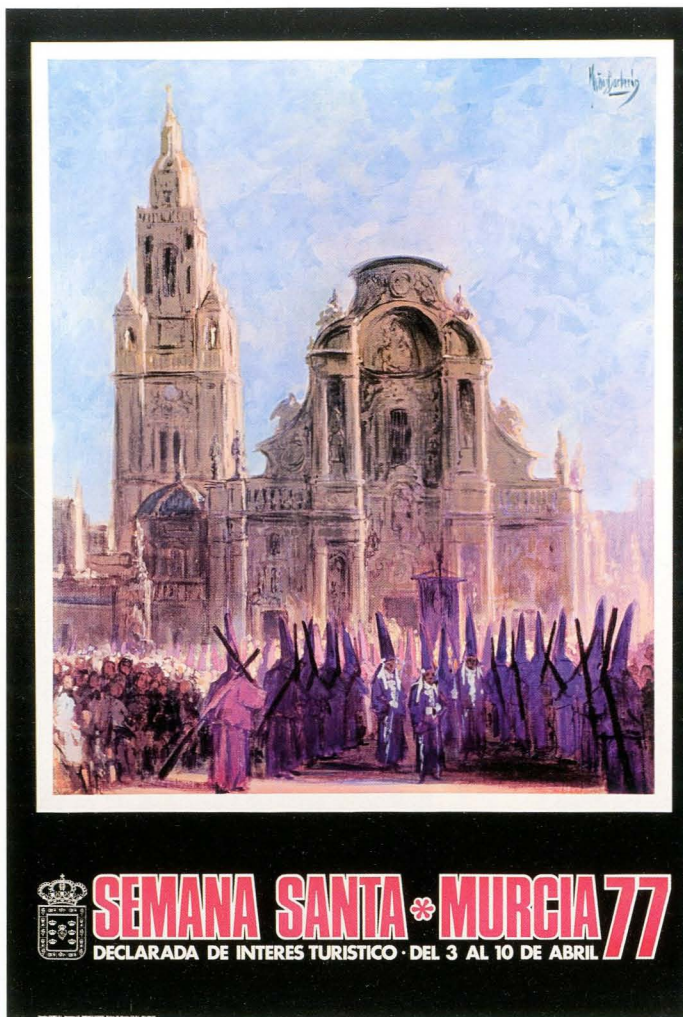
37

Cartel de Semana Santa

1958

93 x 66 cm

Ayuntamiento de Murcia. Archivo Municipal



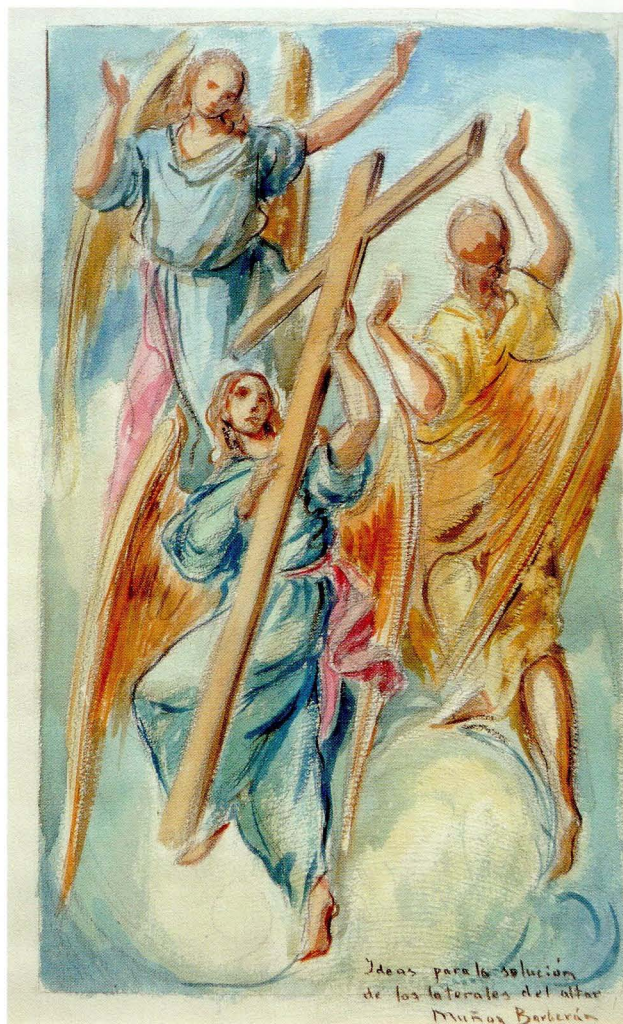
38

Cartel de Semana Santa

1977

88 x 62 cm

Ayuntamiento de Murcia. Archivo Municipal



34
Carro-bocina de Jumilla
 Técnica mixta
 63 x 53 cm
 Colección familia Muñoz Clares

35
Boceto de ángel
 Lápiz sobre papel
 32,5 x 23 cm
 Colección familia Muñoz Clares

36
Boceto para la capilla de los Pasos de Santiago den Murcia
 Lápiz y acuarela sobre papel
 h. 1960
 51 x 33 cm
 Colección familia Muñoz Clares



39

Boceto para cartel

Guache sobre papel

1986

70 x 45 cm

Ayuntamiento de Murcia. Archivo Municipal



40

Cartel de Semana Santa

1986

98 x 64 cm

Ayuntamiento de Murcia. Archivo Municipal

Este catálogo se terminó de imprimir el día 19 marzo, festividad de San José,
con motivo de la exposición homenaje a
Manuel Muñoz Barberán que inaugura la sala de exposiciones temporales del
Museo Salzillo en Murcia.



**COOL-
TURA**



Real y Muy Ilustre Cofradía de
Nuestro Padre Jesús Nazareno



**MUSEO
SALZILLO**